

amodorrado aún, me preguntó qué hora era, y yo no quise decírselo, porque debía de ser la una ó las dos de la madrugada y me encendía de vergüenza que él se diera cuenta de las andanzas sospechosas de su amo.

¿Qué hora era?, la de la retirada definitiva, de la reclusión voluntaria y absoluta, de la abdicación completa de todo sueño, del apartamiento de todo roce mundano. Como á los locos por locos se les encierra, don Perfecto por bueno debía también ser encerrado. Para que no le engañaran y burlaran, para que no sirviera á los otros, cuando no de provecho, de risa. Bien arrinconadito, sin que le diese el aire ni el polvo, no correría ya peligro alguno.

El caballo trotaba, dormía el muchacho de nuevo, y este fué el momento en que me vino á la memoria y á los labios aquella amarga oración de mi infancia, que parecerá acaso una blasfemia, y séalo ó no lo sea, como queja nada más la soltaba:

— ¡Oh, Satanás!, ¿por qué no me escuchaste y me hiciste malo, ó por lo menos me concediste una partícula siquiera de la maldad necesaria para caminar en el mundo? ¿Ves cómo me tratan? ¿Ves cómo me han puesto?

Aquel cuadro de mi alcoba con el San Miguel á caballo sobre el diablo, se me representaba al revés, con el diablo sobre el arcángel vencido.

Pero me pasó una cosa muy singular. Que á medida que el caballo trotaba y dejando íbamos atrás la ciudad maldita, delante de mí el cielo se aclaraba poco

á poco, las estrellas palidecían y el lejano horizonte, que es la imagen del porvenir, resplandecía con cambiantes de nácar; pero lo singular no era esto del amanecer, naturalmente, sino que dentro de mí, á la obscuridad y al dolor, con la luz matinal y la frescura del céfiro y los efluvios de los campos, sucedían también consoladoras claridades de esperanza, y como paloma que alegre vuela y sin cuidados, el alma inocente de D. Perfecto se elevó hasta el Señor...

X

Esto ocurrió el 73. De entonces acá no vi á Delfina más que en una ocasión, poco después de inaugurarse el tranvía que liga mi barrio á la ciudad y ha sido nervio de su progreso: estaba la infortunada bastante estropeada ya, cubierta de pintura y con el aire de quien se ha echado la vergüenza á la espalda; se atrevió á sonreírme, mostrándome el ancho portillo de dos dientes que la faltaban. Como el que huye de la peste, me bajé en mitad del camino; y durante largo tiempo tuve pegada á la retina aquella repelente figura de mujer, que fué mi ideal. ¿Murió? Creo que sí, que el vicio vive poco. ¿Y Maltán? Ése debe de vivir aún, porque las raíces de la maldad son tenaces, y cercenadas y todo en cualquier terreno lozanean y perduran.

Yo me había dedicado á la educación del nuevo Arturo y al cuidado de mis intereses, y paulatinamente la paz se asentaba en mi alma. Reducido el mundo

para mí á las tapias de mi jardín, me interesaba muy poco lo de fuera. Así la misantropía iba apoderándose de mí y yo entregándome en manos de ella sin batalla.

El niño crecía tan guapamente, lo mismo en estatura que en perversidad. Porque no hago ningún favor á este señor ahijado mío, ni él debe ofenderse de ello, si declaro y afirmo que muchacho más malo no lo ha habido jamás, que mostrara, desde la primera edad, en grado tan eminente, los instintos de depravación suyos; puede ser que las historias mienten algún otro ejemplar humano de la misma calaña, pero como yo no le he conocido, á mi experiencia me atengo y repito que con el Arturo Riquez de hoy no es digno de codearse ninguno más perfectamente malo, de corazón y de sangre, como que en su abono se juntaron las debilidades y demencias de su abuela, Laurentina, y las infamias de los Maltanes, sus parientes. Cachorro de tigre le llamaba el espantado *Bullebulle*, y tigre era quien mordía á su nodriza, arañaba al que pretendía acariciarle, prefería en sus juegos desplumar vivos á los pájaros y en todo y con todos despuntaba por huraño, ingrato, desagradable y odioso.

Diré en secreto que yo estaba contentísimo de que fuera así y no de modo distinto. Por razones poderosas que me parece han quedado ya expuestas, me sabía bien tener en casa aquel cachorro de tigre, á quien todos respetaban, y no á un pichón de ángel, del que abusaran todos. Bastaba ya de candideces, blanduras y mieles, que de nada sirven en la lucha mundana; el

empuje salvaje, la fuerza temeraria, el desbordamiento arrollador de obstáculos son atributos más propios del hombre, y aunque á cada travesura suya, en cumplimiento de mi deber, le regañaba y hasta solía castigarle, en mi interior le admiraba y cedía casi al deseo de alabarle porque era tal y como hubiera yo querido ser. Pero con la edad sus diabluras fueron más graves. Le puse en la escuela y el primer día le partió la cabeza de una pedrada á un compañero, el segundo día le vació un ojo á otro, y así, de escuela en escuela y de fechoría en fechoría, tuve que guardarle en casa porque en ningún lado le podían sufrir. Lo peor era que en casa difícilmente le sufríamos tampoco: su furor de devastación no respetaba planta, mueble ni títere con cabeza; al profesor de estudios le prendía rabos de papel en la levita, á *Bullebulle* y á los demás criados hacía la mar de picardías y á mí me faltaba de maneras mil.

Cuando cumplió quince años, cogió del cajón de mi despacho cincuenta pesos y escapó. Durante una semana le buscamos desesperados, encontrándole la policía en una taberna, de donde le sacó en un estado tal que no había quien le pusiera encima las manos. A los diez y seis... Y á los diez y siete... ¡Vaya!, por vergüenza debo callar y suspender la crónica de sus milagros, aunque éstos sean para el mundo raro compendio y muestra singular de la maldad perfecta á que llegó el conquistador de sus favores. No sea cosa también que entre de improviso el retratado, mi sobrino,

y me sorprenda ennegreciendo su fisonomía precisamente en las páginas que él cree de mi testamento.

Cúmpleme acusarme una vez más, con entera sinceridad, del escondido placer que yo sentía de ver á Arturo tan barrabás y mal inclinado. Porque en esto de los caracteres sucede, á menudo, algo extraño: lo perverso atrae; lo podrido huele bien; lo feo subyuga la vista, y la simpatía es encubridora que todo lo disimula y perdona. Así, de este Arturo que aquí he presentado y del cual parecían las gentes deber huir el contacto, se encariñaban los amigos y se enamoraban las mujeres para humillación y perpetuo agravio de los Don Perfectos de chicha y nabo, que por los senderos de la hombría de bien se empeñan en caminar. Los mismos aporreados, sus compañeros, y la turba femenina de alto y de bajo vuelo, que en la astucia del hombre disculpa la propia liviandad, le buscaban, le mimaban, le seguían y rodeábanle entusiastas. A cada caída suya vergonzosa, más se estrechaban para levantarle y más arriba le ponían en el afecto y en el óptimo concepto que le tenían. Yo comparaba mi huérfana niñez, mi juventud solitaria, oveja sarnosa de la bondad, con la insolente popularidad de este mal engendro y sacaba consecuencias que más vale dejar archivadas en este corazón que todas las manos rechazaron.

Por supuesto; que del desorden de su vida, de sus intemperancias, la víctima era yo. La piedra que había de darle á él en la cabeza, venía de rebote á pegarme en el pecho, y sus enfermedades, sus caprichos,

sus locuras las pagaba yo al contado y como si fueran cuentas mías. ¡Ay! Digo cuentas y los bolsillos se me estremecen.

Tenía ya veintidós años y era abogado platónico, como muchos otros; dueño de lo suyo, lo derrochaba en francachelas, como el más desenfrenado manirroto que haya existido, tiraba lo suyo y lo ajeno, y más que tuviera y más de que alcanzara á apoderarse, por buenas ó malas artes, lo despilfarrara alegremente, poseído del delirio de la prodigalidad, vesania que es la antítesis de la avaricia y más terrible y perjudicial en sus efectos, porque no es sólo el enfermo el que sufre de ellos, sino también los allegados y cuantos blandos de entrañas se ponen á tiro de su amistad. Para este Arturo el dinero no tiene precio, no es el esclavo de la necesidad, sino del capricho, y el darle rápida circulación el placer más grande que puede experimentar; como los alquimistas, persigue de continuo el ideal de fabricar el oro, aunque para conseguirlo no acuda á la receta de enterrar hebras de sol ó combinar tales y cuales metales: vende cuanto encuentra, empeña cuanto tiene, pide cuando no tiene ni encuentra, y todo, lo útil, lo rico y lo deleznable, lo convierte en pesos roñosos menos pronto que en gastarlo, de manera que si nada posee, no le falta jamás el unto que necesita su mano dadivosa, el entretenimiento de su pasión desdichada.

Pues bien: había llegado, como digo, mi alhaja á la mayor edad sin que mis esfuerzos por enderezarle die-

ran resultado, y eso que en ello puse toda mi voluntad y mi conciencia de cristiano, complaciérame ó no de sus defectos y procacidades; y una de las tantas veces que nuestro tigre salió á merodear lejos de la jaula belgranense en que yo pretendía aprisionarle con el hilo de plata de la moral, se pasó lo menos quince días sin parecer ni darnos la menor noticia de su persona. Yo, á la verdad, no me inquietaba ya gran cosa de sus escapatorias, porque á los tigres no hay quien se atreva, y estos de poblado son más temibles que los de la selva; cuando le diera la gana de volver, frunciría un poco las cejas, trataría de enronquecer la voz y le echaría una peluca de compromiso, por cumplir y nada más.

Al cabo de los quince días, una noche, á poco de acabar de comer, *Bullebulle* me anunció la vuelta del pródigo, á quien introdujo en mi presencia inmediatamente. Fruncí las cejas, enronquecí la voz y pronuncié la primera palabra de la filípica, el «Arturo, ¿qué es esto?..» de las ocasiones solemnes.

Ordinariamente el efecto era contraproducente, porque conocía bien el muchacho la comedia y realmente á mí no me daba el naípe para echármelas de malo y de severo: en suma, que lo hacía detestablemente y todo lo que conseguía era que el culpable se riese de mí; pero aquella noche, con sorpresa grandísima, á mis primeras palabras, que eran las de rúbrica, el tigre, que ya me había parecido bastante maltratado y abatido, se echó á mis pies como cordero que entrega humilde su cuello á la cuchilla, y entre sollozos me dijo:

— Tío Juan de Dios, ¡perdóneme usted!

Y de sopetón me confesó la fechoría de que era culpable, allá te va, sin vergüenza de sí mismo ni misericordia de mí. Le oía y cada vez me entraban deseos mayores de... ¿lo diré?, de felicitarle por la gracia... Estaba espantado, pero espantado de admiración, de sincera, de profunda admiración... Se trataba de una tal Ginesa, famosa en las crónicas de la galantería bonaerense y que más tarde había de conducir á la muerte á otro pariente mío, el hermano de Paula Tejera. Pues con esta Ginesa se había enredado mi tigrecito y por ella cometido tantas y tantas locuras, que el relato no acabaría nunca si aquí tomara el hilo desde el principio, bastando precisar la más gorda, la que á mis plantas le postraba no sé si arrepentido ó pesaroso, y era la venta irrisoria de aquel campo del Trigal, único patrimonio suyo, que yo arranqué de manos de Clara á fuerza de fatigas y disgustos y entregué cultivadito á su padre; de aquel campo del Trigal que su padre conservó como un tesoro y en el que su padre y yo nos recreábamos; de aquel campo del Trigal del que hacía poco habíale hecho entrega, tan hermoso, tan lozano cual si por años y años no hubiera en él germinado el trigo del pan nuestro de cada día. ¡Sí, vendido el campo del Trigal en cuatro reales para comprar muebles, alhajas y trapos á la Ginesa!

Espantado estaba, repito, de admiración. Tanta despreocupación, infamia tanta me causaron asombro.

Aquella sí que era hombrada, la que jamás sería yo capaz de cometer, ¿qué digo cometer?, de intentar ni de soñar siquiera. Tomar la propia hacienda, amasada con las lágrimas y el sudor de la familia, y arrojarla alegremente por la ventana, así, en un dos por tres, tan pronto lo hago como lo digo... Capaz de esta hazaña era únicamente un hombre sin corazón, sin seso y sin dignidad, un hombre completo, en fin, como mi Arturo. Abrí los brazos. El imaginó que iba á descargarle el peso todo de mi enojo y retrocedió; pero yo le atraje, le abracé, le besé efusivamente, con lo cual él se asustó más que si le diera de bastonazos, pues no concebía, aun teniéndome por tonto en fuerza de ser bueno, que mi bondad llegara al extremo de castigarle con caricias. Sin duda me juzgó loco ó mentecato, mas no porque él de sorprendido quisiera escapar de mis brazos, yo dejaba de estrecharle, gozoso de conocer la refinada maldad de este tigre de mi familia, cuyos instintos y cuyas uñas eran garantía bastante de que sería respetado y amado en el mundo para el cual había nacido y en el cual había de vivir.

Y abrazándole, como digo, fuí empujándole hacia la puerta, y ya en la puerta, le cogí las manos, se las apreté como lo hubiera hecho con las de un hombre honrado, y le despedí diciéndole:

— Arturo, hijo mío, vete y no vuelvas. Tu última acción me ha probado que eres hombre completo y como tal no es éste tu sitio. Tigre te llamé y como tigre te has mostrado, y no es costumbre, ni justo, ni

conveniente, que tigres y borregos compartan el mismo redil. ¡En el mundo tienes ancho campo: al mundo, hijo, que el mundo es tuyo!

El se marchó de casa con más prisa y temor más grande que si con agrias palabras y reconvenciones airadas hubiérale despedido, y yo me quedé más triste y solo que antes. Pasé la noche sin conciliar el sueño, llorando la pérdida de aquel campo de mi padre que llegó á tanta prosperidad en mis manos conservadoras y pensando que de igual manera se malbaratarían mis bienes al día siguiente de mi muerte. Formé entonces un plan de defensa contra mi tigrecito, que aun suponiendo que en vida mía no volviera á acercarse á mí, después de enterrado tenía legítimo derecho á escarbar en mis despojos, y este plan, consultado y madurado bien, dió origen al documento que junto con éste encontrará en mi papelera su garra impaciente y destructora. ¡Ay! ¡Sabe Dios si entonces el tío se le antoja menos perfecto que lo que pregona la fama y á la justicia insulta llamándola maldad! ¡Qué gusto! Siquiera una vez, y aunque sea después de muerto y no lo oiga yo, se hará un elogio de mí, se me dirá ¡malol!, lo que no he conseguido que se me diga jamás.

Arturo volvió, ¡no habla de volver!, pero no vivió ya bajo mi techo; andaba á salto de mata y yo no le escatimaba mi protección cuando necesitaba de ella. Magnífico é insolente, niño mimado del amor y de la amistad, sólo acude á mí desde entonces en días de penuria, en los cuartos de hora que se nubla su estrella munda-